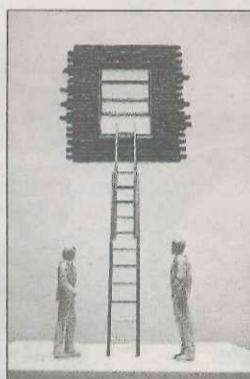


La colección privada "Los Bragales" llega a Gijón con 39 piezas de su fondo artístico

La exposición, con la que el empresario cántabro Jaime Sordo se declara feliz porque fue alumno de la Laboral, recorre la creación contemporánea

Gijón, J. L. ARGÜELLES
La colección "Los Bragales", con más de trescientas piezas de diferentes disciplinas artísticas, suele ponerse de ejemplo. Constituye un paradigma del buen coleccionismo privado, el que va reuniendo un fondo importante con una pasión largamente ejercida durante años y una sostenida apuesta por artistas jóvenes que dan sus primeros pasos. No todo lo bueno se consigue con un talonario y una firma. Una amplia selección de archivo puede verse desde ayer en la sala principal del Centro Antiguo Instituto. La exposición, titulada "Tener que sentir", según uno de los muchos pensamientos que el poeta portugués Fernando Pessoa dejó en la inagotable prosa de su "Libro del desasosiego", reúne treinta y nueve obras que suponen un variado repaso a algunas de las líneas maestras de la creación contemporánea: de la pintura a la fotografía y de la escultura al vídeo.

"El coleccionista está obligado a compartir esas obras con toda la sociedad", afirmó el empresario cántabro Jaime Sordo. Es el propietario, junto con María Dolores Benito Ruiz, de "Los Bragales". Y es, además, presidente de la Asociación de Coleccionistas Privados de Arte "9915" (así se llama), que da orientación a uno de los engranajes fundamentales del mercado del arte. Estaba ayer feliz con la apertura de una mues-



Arriba, Jaime Sordo y la concejala de Cultura de Gijón, Montserrat L. Moro. En torno a estas líneas, algunas de las piezas de la muestra. | J. PLAZA

tra que ha estado en algunos de los grandes centros artísticos españoles. Ese fondo recibió en 2013 el Premio Nacional de Coleccionismo del Instituto de Arte Contemporáneo (IAC).

"Asturias es mi segunda tierra, porque estuve en Gijón, en la Universidad Laboral, desde los catorce a los veintidós años", confesó Jaime Sordo, para quien el coleccionismo de arte es como una "drogadicción" o una "pasión" en las que insiste desde hace cuarenta años. La génesis de esa persistencia hay que buscarla en sus años de estudiante, cuando organizó una subasta de obras de artistas asturianos y adquirió su primer cuadro: un óleo expresionista de Pepa Osorio. En su pinacoteca están representados hoy desde Bores o Tápies a Barceló, pasando por todos los grandes del informalismo español: de Saura o Canogar a Feito.

Para "Tener que sentir", sus comisarios (Alfredo Aracil y Ángel Calvo) han optado por otros autores y por una visión abierta, sin ceñirse a escuelas, estilos o disciplinas. "Hemos querido desorganizar, de alguna manera, la colección para buscar otras correspondencias", indicó Aracil. "Es interesante ver cómo la colección ha ido cambiando y seguir lo que une todas sus piezas, la pasión", señaló, por su parte, Calvo. Para Jaime Sordo, "el valor de su colección es el social, es decir, el de la credibilidad".

En la muestra hay piezas, por ejemplo, de Richard Hamilton o de Perejaume; del surrealista Eugenio Granell o del "misticismo" de Cristino de Vera; de Carlos Alcolea a la fotógrafa lisboeta Helena Almeida. Es interesante ver, asimismo, las confluencias y divergencias de unas disciplinas y otras en el intento de hacer del arte contemporáneo un taller de experimentaciones y hallazgos: sentir para entender.

LA ESPUMA DE LAS HORAS

El verano que cambió el mundo

Bill Bryson posa su mirada en 1927 para explicar con hechos y anécdotas la vigorosa eclosión de la era del jazz en América

Luis M. ALONSO

Si aún quieren saber lo que es exceso, vuelvan la vista atrás a los años veinte del pasado siglo. Surgieron de la más completa oscuridad y se dirigieron al encuentro de un esplendor deslumbrante. Ningún superviviente de la Gran Guerra podía pensar que aquel cataclismo que abrió los ojos a horrores inimaginables volvería a repetirse. Cuando se apagó el estruendo de los cañones, la gente simplemente quería vivir de nuevo y los que tenían recursos para permitírselo se cobraron una especie de venganza.

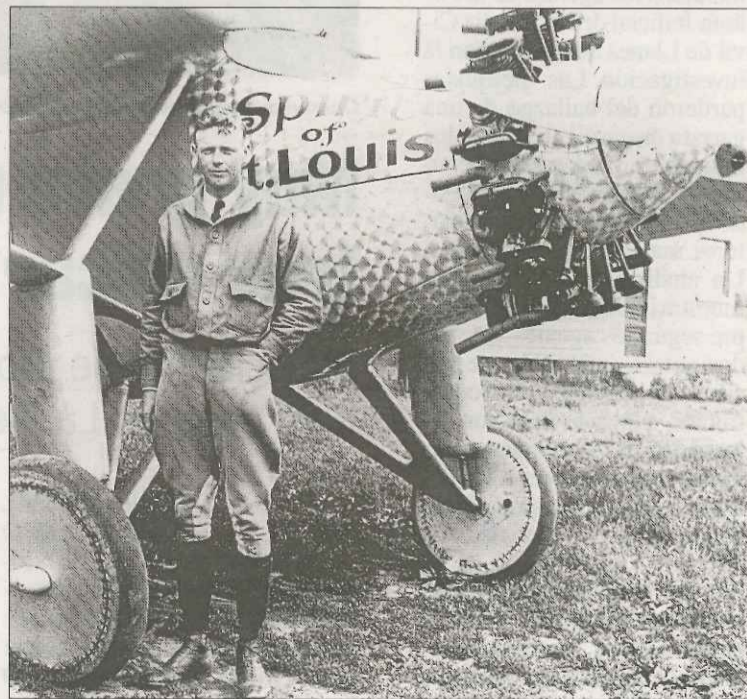
A mediados de la década, la época del jazz estaba en pleno apogeo. Louis Armstrong y Duke Ellington grabaron sus primeros discos, El fantasma de la ópera se estrenó en las salas de ci-

ne, el charleston se puso de moda, el Ku Klux Klan marchó sobre Washington, y una nueva novela, El Gran Gatsby, permitió a su autor, Francis Scott Fitzgerald, convertirse en el mejor cronista de la era. En 1925, un joven llamado John Scopes era juzgado por divulgar las teorías de Darwin de la evolución desafiando las leyes de Tennessee.

Las definiciones de la década de los veinte reflejan la naturaleza extrema de la era en sí. El dramaturgo Elmer Davis dijo: "Hoy quien reina es Creso. Los hombres ricos gobiernan el mundo". Mirando hacia atrás, Kevin Rayburn escribió: "Fue la primera década verdaderamente moderna y, para bien o para mal, se creó el modelo de sociedad que todo el mundo sigue hoy en día."

Lo mejor era ser joven durante los *roaring twenties*. Muchas personas nacidas en el siglo XIX se sintieron amenazados por una cultura que parecía haber perdido su brújula moral. William Jennings Bryan era un líder político y religioso dispuesto a imponer sus tesis morales religiosas. Pero aquello no significaba nada para la nueva generación salvaje. Las encuestas mostraron que los jóvenes estaban perdiendo su fe en Dios. En su intento de atraer a América de nuevo a la Biblia, Bryan eligió atacar una sola idea: la teoría de la evolución de Darwin.

No todo el mundo vio el problema de forma tan simple. La escritora Willa Cather, dijo que para ella, el mundo se partió a la mitad en torno a 1922. Al igual que



Charles Lindbergh, posa delante del "Spirit of St. Louis".

Bryan, Cather se había criado en una América menos frenética, anterior al automóvil, las películas habladas y el fonógrafo. Cather pensaba que el mundo moderno era un lugar peor que el que ella

recordaba. En 1921 pronunció las siguientes palabras en un discurso: "Ahora tenemos la música gracias a las máquinas, viajamos en máquinas. Pronto vamos a tener máquinas para suplir nuestro pen-